Entender la guerra para construir la paz

P. Wilton Sánchez
Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano - FEBIPE

Enemistad y hostilidad

"¿Por qué luchan los seres vivos unos contra otros?" Con esta pregunta Konrad Lorenz da inicio al capítulo "Donde la maldad sirve para algo bueno" en su libro *El pretendido mal* (1963). Él propone que una especie causa la extinción de otra, cuando la considera su rival.

No se requiere hacer una investigación exhaustiva para constatar que el ser humano va más allá de esta premisa y procura la extinción, no solo de otras especies sino de sus propios semejantes, mediante la violencia y la guerra.

La Biblia, que se ha construido a lo largo de los siglos, deja evidencia de esta situación y permite entrever el porqué de ese comportamiento absurdo. En efecto, ¿cómo comprender que los seres humanos se agredan si, no obstante, todos son creados a imagen y semejanza de Dios? (Gn 1,27). Es más, la Biblia misma parece justificar las agresiones y las masacres, como en el libro de Josué, cuando, en los relatos de la conquista, las tropas israelitas aniquilan a los habitantes de la ciudad de Ai "sin dejar ningún sobreviviente o fugitivo" (Jos 8,20). El Antiguo Testamento parece tolerar y hasta promover la hostilidad, incluso mortal, contra los enemigos. ¿Por qué?

Si se compara al pueblo de Israel con otros pueblos del Medio Oriente Antiguo, se pone de manifiesto que es un grupo más bien modesto. No se distingue por sus riquezas o grande poderío militar, político, económico o social. Debido a su ubicación geográfica, casi siempre estuvo bajo el influjo o dominación de grandes potencias: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia y Roma. Por su escasa relevancia internacional estuvo frecuentemente bajo el peligro de la desaparición. No solamente por la amenaza militar de sus vecinos poderosos, sino por la fuerte influencia cultural, política y religiosa de los mismos. Ante ello, el pueblo no sucumbió, por el contrario, afianzó un profundo sentido de identidad que impidió su absorción por parte de las culturas circundantes. Esto explica que, como parte de su estrategia de diferenciación, haya considerado a esos pueblos como extraños e incluso enemigos, en cuanto amenazaban realmente su existencia.

Así, entonces, muchos relatos del Antiguo Testamento justifican la destrucción de los enemigos, porque estos odian, como se evidencia en los relatos de la travesía de Israel por el desierto: "Cuando partía el arca, decía Moisés: Levántate, Yahvé, que tus enemigos se dispersen, que huyan delante de ti los que te odian" (Nm 10,35; Nm 14,42; 23,11; 24,8-10)

Otro aspecto que se destaca con frecuencia es que los enemigos destruyen y arrasan, como lo declara poéticamente el cántico de Moisés con el que se celebra que las aguas envolvieron totalmente a los carros y a los guerreros de todo el ejército del Faraón, que habían entrado en medio del mar para perseguir a los israelitas, y que no se haya salvado ni uno solo (Ex 14,28). Ese canto de victoria declara acerca de los egipcios: "Dijo el enemigo: Perseguiré, alcanzaré, repartiré el botín, saciaré mi sed en ellos, desenvainaré mi espada, los aniquilará mi mano" (Ex 15,9). Entonces las intenciones devastadoras de los egipcios, considerados enemigos, justifican, en el relato, su propia aniquilación.

Dada la hostilidad característica de los enemigos, el Antiguo Testamento presenta, con frecuencia, su beligerancia como instrumento del castigo de Dios al pueblo de Israel por sus pecados, como lo anuncia el libro del Levítico: "Si no me obedecen y no cumplen todos estos mandamientos [...], yo volveré mi rostro contra ustedes y serán derrotados por sus enemigos; quedarán sometidos a sus adversarios y huirán, aunque nadie

los persiga" (Lv 26,14.17). El hagiógrafo enfatiza esa idea un poco más adelante, cuando afirma: "Atraeré contra ustedes una espada que vengará la transgresión de la alianza. Entonces buscarán refugio en sus ciudades, pero yo les enviaré la peste y caerán en poder del enemigo" (Lv 26,25).

Para los israelitas, los enemigos ilustran un contexto de incomodidad y peligro, pues su presencia es siempre una amenaza que les impide la vida tranquila y los hace experimentar una situación de permanente zozobra: "Durante todo el tiempo en que estará desolada, mientras ustedes vivan en el país de sus enemigos, la tierra pagará los años sabáticos que adeuda. En todo el tiempo de la desolación, ella observará por fin el descanso que no observó en sus años sabáticos, cuando ustedes la habitaban. A los sobrevivientes los llenaré de pánico en la tierra de sus enemigos: el ruido que produce una hoja al caer los ahuyentará; huirán, como quien huye de la espada, y caerán, aunque nadie los persiga" (Lv 26,34-36).

Esa "tierra de los enemigos" era Babilonia, que para finales del siglo VI a.C. se erigía como el corazón agrícola y económico del mundo antiguo gracias a la asombrosa fertilidad de su llanura aluvial, alimentada por los ríos Éufrates y Tigris. Su avanzado sistema de canales garantizaba cosechas extraordinarias de cereales y palmeras datileras. Su estratégica posición geográfica la consolidaba como eje del comercio internacional. Además, poseía una arquitectura monumental y un desarrollo cultural deslumbrante. Sin embargo, los relatos bíblicos no enfatizan la prosperidad de esa tierra, sino que la presentan como tierra hostil, de manera que los israelitas no sintieran arraigo por ella, sino que experimentaran el deseo de fortalecer su identidad.

En el imaginario colectivo de Israel, también Asiria es considerada la encarnación de la enemistad y devastación. En el siglo VIII a. C. ese imperio consolidó su hegemonía en el Medio Oriente Antiguo mediante una política exterior de expansión beligerante y una praxis de deportación masiva, diseñada para desarticular la identidad nacional de los pueblos vasallos. La crueldad sistemática del Estado asirio funcionaba como un mecanismo de terror psicológico institucionalizado, que se concretó en el 722 a.C. cuando el reino de Israel sucumbió y sus habitantes fueron deportados. Por eso el profeta Nahum interpreta la caída de Nínive en el año 612 a.C. como la venganza de Dios en favor de su pueblo, ante los múltiples crímenes de sus opresores:

> "Aquí estoy contra ti –oráculo del Señor de los ejércitos–. Te descubriré las faldas hasta el rostro, mostraré a las naciones tu desnudez y a los reinos tu infamia. Arrojaré inmundicias sobre ti, te cubriré de ignominia y te expondré como espectáculo. Así, todo el que te vea huirá lejos de ti, diciendo: ¡Nínive ha sido devastada!" (Na 3, 5-7). La profecía culmina enfatizando la universalidad de su pecado, la inevitabilidad del castigo e invitando a celebrar su destrucción: "Tu fractura no tiene remedio, tu herida es incurable. Todos los que oyen la noticia aplauden por tu ruina. Porque ¿sobre quién no ha pasado tu incesante maldad?" (Na 3,19).

Esta concepción nociva de los enemigos imposibilita la convivencia con ellos, por eso, ante su presencia, la opción es la guerra: "Cuando ustedes, en su propia tierra, tengan que combatir contra un enemigo que venga a atacarlos, deberán tocar las trompetas profiriendo aclamaciones, y el Señor, su Dios, se acordará de ustedes, y se verán libres de sus enemigos" (Nm 10,9).

Los textos veterotestamentarios destacan el poder de los enemigos. El pueblo no puede escapar de ellos, dada su superioridad militar. Es así como solo Dios protege y salva de los enemigos. Por eso, estos textos no atribuyen el fin del exilio a condiciones políticas internas o externas, sino a la intervención directa de Dios:

> "Pero aún entonces, cuando estén en la tierra de sus enemigos, yo no los rechazaré ni sentiré aversión por ellos hasta el punto de aniquilarlos y de anular mi alianza con ellos: porque yo soy el Señor, su Dios. Me acordaré en favor de ellos de la alianza que establecí con sus antepasados, con los que hice salir de Egipto a la vista de las naciones para ser su Dios" (Lv 26,44-45).

Así, se entiende por qué muchos tipos de oración claman por la destrucción de los enemigos. Se clama con urgencia por su desaparición, pues se consideran la causa del propio sufrimiento: “Invoqué al Señor, que es digno de alabanza y quedé a salvo de mis enemigos (Sal 18,4; Sal 140).

La fuerza de la enemistad es tan grande, que se sobrepone a la fraternidad. Así, por ejemplo, cuando el libro de la sabiduría relee la persecución de Esaú a su hermano Jacob afirma: “Al justo que huía de la ira de su hermano, ella lo guio por senderos rectos [...], lo protegió contra sus enemigos y lo defendió de los que acechaban contra él” (Sb 10,12).

Ese modo de pensar, acerca de los que no pertenecen al mismo grupo y los considera enemigos, justifica la agresión y la aniquilación, como se expresa durante la bendición que Melquisedec otorga a Abrám: “¡Bendito sea Abrám de parte de Dios, el Altísimo, creador del cielo y de la tierra! ¡Bendito sea Dios, el Altísimo, que entregó a tus enemigos en tus manos!” (Gn 14,19-20). Así se respalda el relato de la guerra de conquista de la tierra prometida: “Perseguirán a sus enemigos, y ellos caerán bajo la espada delante de ustedes. Cinco de ustedes perseguirán a cien, y cien a diez mil; y sus enemigos caerán bajo la espada delante de ustedes” (Lv 26,7-8). Este modo de proceder se fundamenta en la ley del talión y requiere enfatizar la maldad de los enemigos, que permita cobrarse “ojo por ojo, diente por diente” (Ex 21,24).

En esta óptica, en su carta del 6 de febrero de 2026 “La vida en abundancia” sobre el valor del Deporte, el Papa León XIV enseña que cuando la perspectiva es la ley del talión se intenta justificar la guerra que:

> " ... nace de la radicalización del desacuerdo y del rechazo de cooperar los unos con los otros. El adversario es entonces considerado como un enemigo mortal, a quien hay que aislar y, si es posible, eliminar. Las trágicas evidencias de esta cultura de muerte están ante nuestros ojos —vidas truncadas, sueños destrozados, traumas de los supervivientes, ciudades destruidas— como si la convivencia humana se redujera superficialmente al escenario de un videojuego. Pero esto no debe hacernos olvidar nunca que la agresividad, la violencia y la guerra son siempre una derrota de la humanidad."

Enemistad y fraternidad

La agresión en la Biblia, como en el mundo contemporáneo, expone la propia debilidad, que crea miedo y temor delante de los demás, a los cuales se cataloga como enemigos.

Sin embargo, no siempre se justifica la agresión contra los enemigos, sino que algunos textos promueven también actitudes de beneplácito hacia ellos. Así le ocurre a David, quien ante la muerte de su hijo Absalón, quien lo quería asesinar para usurparle el trono, no reacciona con alegría, sino que llora amargamente, hasta el punto de que Joab, lleno de estupor, afirma: “tú amas a los que te odian” (2Sm 19,7). La muerte de Absalón entristece a David, porque a pesar de que aquel procuraba su muerte, el rey no lo considera un enemigo, sino un hijo. Esa es la clave que permite romper la espiral de la violencia y que solo es posible mediante el amor, que se expresa en el texto en un contexto de familia. Absalón no actúa como hijo, pero David sí reacciona como padre.

El amor permite actitudes de solidaridad y acogida. Pero estas no se pueden llevar a cabo cuando se considera al otro como enemigo. El amor es posible cuando el otro deja de ser un adversario y se convierte en prójimo: “No serás vengativo con tus compatriotas ni les guardarás rencor. Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18).

Es fácil comprender los llamados a la ayuda hacia los hermanos: “Si ves extraviados al buey o a la oveja de tu hermano, no te despreocupes de ellos y ve a devolvérselos cuanto antes” (Dt 22,1-4). Pero el pueblo de Israel comprende que para superar la violencia se requiere dejar de considerar al otro como enemigo y darle tratamiento de hermano, como lo propone el antiquísimo código de la alianza: “Si encuentras perdido el buey o el asno de tu enemigo, se los llevarás inmediatamente. Si ves al asno del que te aborrece, caído bajo el peso de su

carga, no lo dejarás abandonado; más aún, acudirás a auxiliarlo junto con su dueño (Ex 23,4-5).

Siguiendo en esta perspectiva, algunos textos sapienciales del Antiguo Testamento muestran una interesante evolución: ya no consideran una muestra del favor de Dios la destrucción de los enemigos, sino la reconciliación con ellos: "Cuando el Señor se complace en la conductWa de un hombre, lo reconcilia hasta con sus mismos enemigos" (Pr 16,7).

Tal vez, inspirado en la actitud de David ante la muerte de Absalón, también se hace una orientación clara y firme: "Si cae tu enemigo, no te alegres y si tropieza, no te regocijes (Pr 24,17). En una de sus declaraciones Job declara su propia inocencia reclamando con fuerza: ¿Acaso me alegré del infortunio de mi enemigo y me regocijé cuando le tocó una desgracia? (Job 31,29). Pero además de evitar alegrase por la desgracia ajena, la biblia también invita a socorrer activamente a los necesitados, incluso si estos habían sido catalogados como adversarios, como requisito para asegurar la ayuda de Dios: "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber" (Pr 25,21).

En el Nuevo Testamento, Jesús exige a sus discípulos un cumplimiento radical de la ley. Pues una visión superficial de la Escritura justifica el odio y la venganza: "Ustedes han oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo" (Mt 5,43). Inmediatamente, Él propone la actitud que caracteriza al cristiano y que lo compromete como constructor de la paz:

> "Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores; así serán hijos del Padre que está en el cielo, porque él hace salir su sol sobre malos y buenos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos. Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludan solamente a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen lo mismo los paganos? Por lo tanto, sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo" (Mt 5,44-48).

El verdadero discípulo es el que lleva a su cumplimiento actitudes como las exigidas en el Código de la Alianza (Ex 23,4-5) y da tratamiento de hermano a sus enemigos. No se trata de eliminar las diferencias culturales, sociales, políticas, étnicas, religiosas o de cualquier índole. No son los demás los que deben buscar encajar con el creyente, sino el creyente el que trata a todos como hermanos, para construir la paz y así alcanzar la plena realización: "Felices los que construyen la paz, porque serán llamados hijos de Dios" (Mt 5,9).

De acuerdo con el mensaje bíblico, la humanidad no está condenada a la guerra sino llamada a la paz que "es desarmada y desarmante. No es disuasión, sino fraternidad; no es ultimátum, sino diálogo. No llegará como fruto de victorias sobre el enemigo, sino como el resultado de sembrar justicia e intrépido perdón" (León XIV. 2025).

Cada ser humano se interrelaciona con los demás. No obstante, cuando en las interacciones prima la desconfianza, el otro es despojado de su condición de "semejanza de Dios" y pasa a ser considerado un adversario o un enemigo. Esa es la actitud que causó el primer crimen de la humanidad y que está a la base de todos los conflictos. Para Caín, fue más fuerte el miedo a que la ofrenda de Abel fuera aceptada por Dios en lugar de la suya, que su propio vínculo de pertenencia/fraternidad con su hermano (Gn 4,4-8). Esa actitud, la del síndrome de Babel, de acuerdo con la lectura del Papa León XIV, conduce a la agresión, la violencia, la guerra y la muerte.

Pero la humanidad no está condenada a su autodestrucción. Dios inspira otro modo de proceder, ya vislumbrado en algunos pasajes del Antiguo Testamento, que llegan a su máxima expresión en el Evangelio. Se trata de no tenerle miedo al otro, no considerarlo adversario y enemigo, sino hermano. Como debió haberlo hecho Caín, de acuerdo con el reclamo que le hace Dios después del homicidio: "¿Dónde está tu hermano Abel?" (Gn 4,9). La fraternidad es la relación propia del ser humano y es tan profunda que, aunque se debilita hasta el peligro de extinción por causa de la violencia, nunca desaparece. Dios no menciona a Abel como el enemigo de Caín sino como su hermano. Así rompe la

espiral de la violencia y prohíbe su uso, incluso contra los homicidas: "el Señor puso una marca a Caín, para que, al encontrarse con él, nadie se atreviera a matarlo" (Gn 4,15). Así se da inicio a lo que en la Encíclica *Magnifica Humanitas* se conoce como el camino de Nehemías.

Mantener la paz cuando no hay agresiones es difícil, pero parece posible. El reto es ser constructores de la paz en medio de hostilidades. Sin embargo, Jesús propone ese desafío: "Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian". Pero no se limita a hacer una propuesta para sus seguidores, sino que adopta ese estilo de vida incluso en los momentos cruciales de su existencia. En efecto, en la cruz no invoca la destrucción para sus homicidas sino el perdón para todos ellos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34).

La revelación de Dios en la Biblia deja ver que cada corazón está creado para la fraternidad y aunque las crisis y circunstancias de la vida crean el miedo que conduce a la enemistad, el gran don de Jesús resucitado es la alegría del encuentro del hermano en cada ser humano.

Antes de su encuentro con el resucitado los discípulos estaban a puerta cerrada por miedo a los judíos (Jn 20,19a). Los creyentes no pueden tener miedo a los demás seres humanos, porque el miedo paraliza, agrede y destruye. Los creyentes no invocan a Dios para atacar, sino que abren su corazón para alejarse del paradigma de la guerra y asumir la propuesta que el maestro de Nazaret hace a todos, como cuando "llegó Jesús y poniéndose en medio de ellos, les dijo: ¡La paz esté con ustedes!" (Jn 20,19b).

Así pues, la paz es posible, aun en medio de la guerra, porque con Jesús lo inconciliable, por cánones humanos, llega a reconciliarse, mediante el criterio de la cruz. Así, en la Carta a los Colosenses se alaba al Señor, no por la destrucción de los enemigos, sino por la reconciliación universal de Dios, que hace posible la paz para todos:

Damos gracias a Dios Padre,
que nos ha hecho capaces de compartir
la herencia del pueblo santo en la luz.

Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas,
y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido,
por cuya sangre hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.

Él es imagen de Dios invisible,
primogénito de toda creatura;
pues por medio de él fueron creadas todas las cosas:
celestes y terrestres, visibles e invisibles,
Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades;
todo fue creado por él y para él.

Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él.
Él es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia.
Él es el principio, el primogénito de entre los muertos,
y así es el primero en todo.

Porque en él quiso Dios que residiera toda plenitud.
Y por él quiso reconciliar consigo todas las cosas:
haciendo la paz por la sangre de su cruz
con todos los seres, así del cielo como de la tierra.
(Col 1,12-20).

Referencias bibliográficas

Escuela Bíblica y Arqueológica de Jerusalén. (2009). Biblia de Jerusalén. Editorial Desclée de Brouwer.

Granados, J. M. (2016). La teología de la reconciliación en las cartas de San Pablo. Editorial Verbo Divino.

León XIV. (2026). Carta Encíclica Magnifica Humanitas sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial. Editrice Vaticana.

León XIV. (2025). La vida en abundancia. Carta sobre el valor del Deporte. Editrice Vaticana.

León XIV. (2025). Meditación vigilia de oración y rosario por la paz. Editrice vaticana.

Liverani, M. (2022). Asiria: la prehistoria del imperialismo. Editorial Trotta.

Lorenz, K. (1972). Sobre la agresión: El pretendido mal. Editorial Sígueme.

Sánchez Castelblanco, W. G. (2012). «Que les caigan brasas de fuego» (Sal 140,11). Comentario exegético del salmo 140. Franciscanum, 54(158), 299–331. https://doi.org/10.21500/01201468.892

